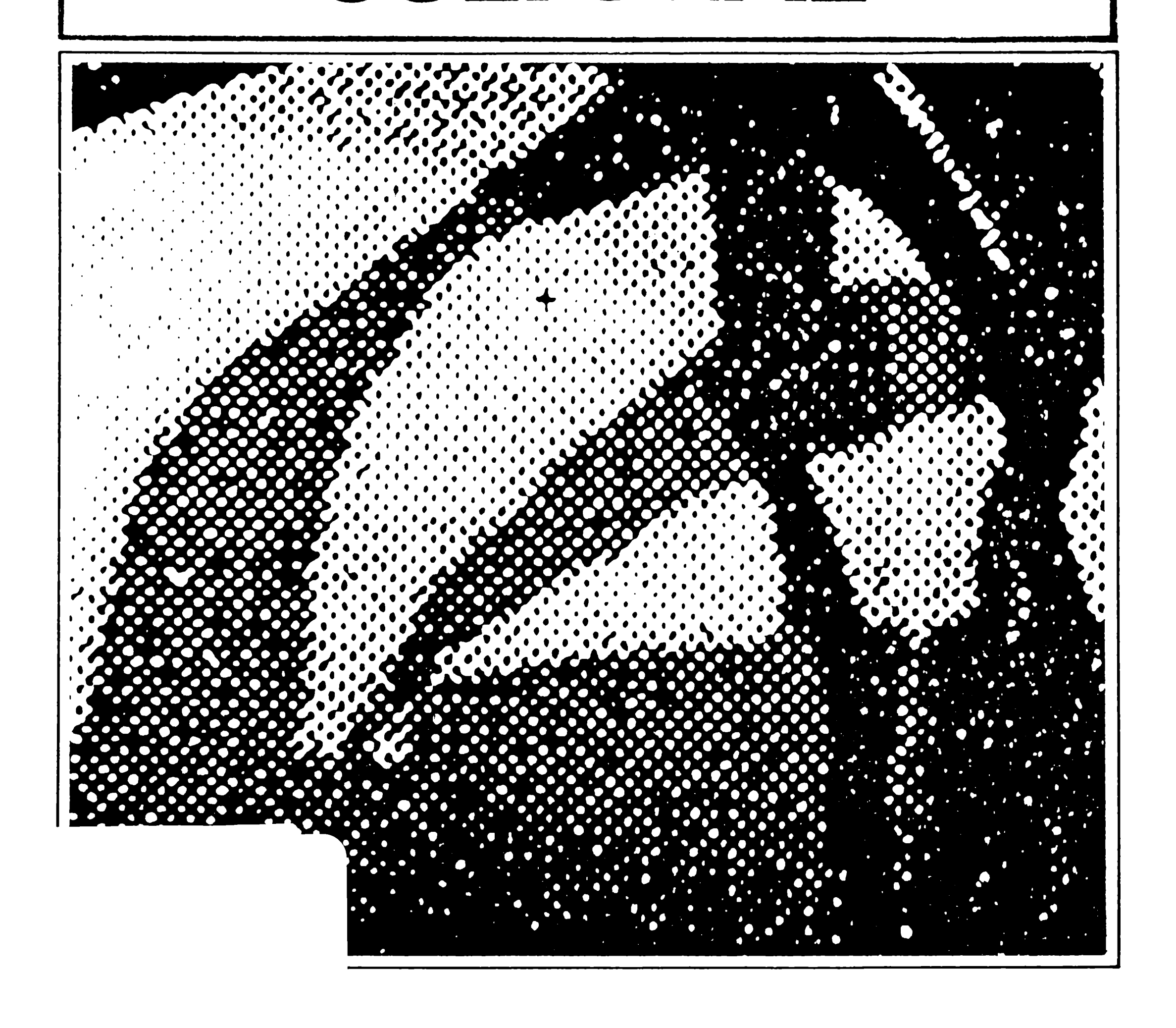
ROBERTO ANDREON

FUNDAMENTOS DE POLITICA CULTURAL





REPUBLICA ORIENTAL
DEL URUGUAY

Dr. JULIO MARIA SANGUINETTI
PRESIDENTE

Dr. ENRIQUE TARIGO
VICEPRESIDENTE

MINISTERIO
DE EDUCACION Y CULTURA

Dra. ADELA RETA
MINISTRA
DE EDUCACION Y CULTURA

Sr. JULIO AGUIAR
SUBSECRETARIO
DE EDUCACION Y CULTURA

Prof. ROBERTO ANDREON
DIRECTOR DE CULTURA

ROBERTO ANDREON

FUNDAMENTOS DE POLITICA CULTURAL

AL LECTOR

Toda política cultural democrática se caracteriza por prescindir de formulaciones rígidas y de planificaciones a priori. Por el contrario, **se va haciendo,** *con la participación de todos, en un proceso de interacción entre los principios fundamentales y las realidades concretas e insoslayables, de acuerdo a un modelo de planificación flexible. Esa ha sido la historia de la política cultural uruguaya desde el primero de marzo de 1985.*

Este folleto recopila 7 notas sobre Política Cultural aparecidos en el diario "El Día". Los mismos tienen por finalidad, elucidar los principios que guían en la materia al gobierno uruguayo y describen la manera cómo se ha ido pasando -tras dos años de gobierno democrático- de las formulaciones más generales (libertad, igualdad, fraternidad, descentralización, educación permanente) a la instrumentación progresiva de acciones concretas y a la conciencia creciente sobre objetivos específicos: planificación, creación de recursos humanos, animación cultural, superación de la cultura monolítica y diletante.

Prof. ROBERTO ANDREON
Director de Cultura

I - LA CULTURA

I - LA CULTURA NO ES LO QUE ERA

De acuerdo a recientes concepciones antropológicas, cultura es todo el modo de ser de una sociedad. No sólo sus más altas creaciones intelectuales (artísticas, religiosas, científicas o tecnológicas), sino también sus costumbres más cotidianas, el modo de enterrar a los muertos, de comer o de relacionarse con el prójimo. Son, por lo tanto, hechos culturales la manera cómo los padres crian a sus hijos, los patrones que existen sobre la relación entre los sexos, entre profesores y alumnos, o entre ancianos y jóvenes. Desde esta perspectiva, cultura es todo y ello explica la boutade del secretario de Cultura de la República Argentina, Dr. Marcos Aguinis, quien señaló que —en rigor— debería haber un único Ministerio que atender todos los problemas sociales: el Ministerio de Cultura.

Más allá del exceso intencional, hay que rescatar de esa afirmación la vigencia de un nuevo concepto de cultura y su necesidad de instrumentarlo a través de las políticas culturales oficiales Una problemática de la que Uruguay ha estado ausente, porque la dictadura que padeció durante doce años lo aisló del mundo y le impidió participar de un proceso renovador que ha agitado a otras comarcas. Incluso a países que han estado también sometidos a procesos dictatoriales, pero menos oclusivos, con más resquicios para admitir intercambios con el exterior que el que sufrió Uruguay. En Brasil, por ejemplo, se viene desarrollando desde 1978 un curso de O.E.A. sobre Política Cultural, que tiene como sede la Universidad Federal de Salvador, Bahía, cuyo contenido puede resultar de lo más extraño para una mentalidad convencional. Y ello es sólo un caso, de una renovación que abarca otros muchos países de esta América y que obliga a replantearse, desde su raíz, todo el problema de la cultura.

Superar el autoritarismo

En la República Argentina, sin ir más lejos, los objetivos de la política cultural procuran dotar de un contenido concreto a la noción de democracia, que nunca será efectiva si los ciudadanos no ocupan el espacio virtual que los regímenes democráticos siempre conceden. Ello significa partir de un diagnóstico que denuncia la pasividad del pueblo argentino, que se manifiesta incluso a través del abuso de la protesta más organizada, que es la huelga. *Se necesita entonces un cambio cualitativo, que permita pasar de la protesta a la propuesta, que sustituya la queja estéril dirigida a los poderes públicos, por la asunción de un papel activo en la sociedad. Los años de dictadura no sólo han frenado el crecimiento económico, sino también el crecimiento espiritual: la censura y la autocensura han hecho estragos, la necesidad de obedecer sustituye a la voluntad de crear.*

De allí que el objetivo principal de la política cultural argentina sea superar el autoritarismo y llegar a una democratización más auténtica de la cultura. Como puede apreciarse, hay allí un objetivo que excede largamente la noción tradicional de cultura, que consistía en mejorar el nivel de la música, del teatro o de las artes plásticas y a lo sumo, garantizar su disfrute por el mayor número posible de gente, que siempre es —no obstante— una élite. De lo que se trata, en cambio es de modificar el modo de ser de una sociedad, a través de la cultura, o si se quiere, de los hábitos culturales. Ello abarca desde las creaciones intelectuales (que abusan de la elipsis, como consecuencia de la censura) hasta la vida cotidiana, que suele consagrar la hipocresía, la falta de solidaridad y el "no te metás" como moneda corriente.

Cultura y pueblo

En un documento que describe un Curso sobre Formación de Recursos Humanos en Política y Administración Cultural, realizado en 1982 en Brasil y Ecuador y que tuvo lugar en pequeñas comunidades de un itinerario que iba desde el sur de Brasil colonizado por europeos, hasta el interior nativo de la amazonia ecuatoriana, se puede leer: "En esos lugares vivimos realidades culturales diferentes, analizando, criticando, aprendiendo con sus habitantes el modo de vivir y de pensar la vida, las manifestaciones artísticas, las dificultades de sobrevivencia, las formas de organización. La propuesta del curso desde el primer encuentro fue clara: aprenderíamos Política y Administración Cultural en un proceso de autogestión, intermediados por las realidades, motivó en los participantes la necesidad de repensar y reinventar acciones culturales, para favorecer los procesos de desarrollo y afirmación de la identidad cultural

Basten estos ejemplos de países cercanos y con realidades diferentes entre sí, para redondear el concepto con que queremos comenzar una serie de notas sobre política cultural: *la noción de cultura ya no designa sólo las clásicas "bellas artes", ni los patrones estéticos de las minorías cultas, sino que se confunde con toda la vida de un pueblo y con sus creaciones más auténticas, más originales, más aparentemente modestas. Y el objetivo de las políticas culturales democratizadoras, no puede significar ya "llevar la cultura de la élite al pueblo", con todo lo que hay en ello de prejuicio paternalista, fundado en los moldes de una cultura europeo-céntrica. Hay una revolución en marcha y Uruguay deberá dar al respecto su propia respuesta.*

II - IDENTIDAD CULTURAL Y CAMBIO

El primer punto a tener en cuenta, cuando se habla de política cultural, es que ésta no puede regirse ya por la idea tradicional de cultura. Hace ya tiempo, y no es ninguna novedad, que etnólogos, antropólogos y filósofos, han acuñado una idea de cultura que abarca toda la actividad creativa del hombre todo lo que el hombre es. Las primeras búsquedas en ese sentido se hicieron en el siglo pasado y en 1924 Ortega y Gasset escribía en

Las Atlántidas: "Mientras teníamos del cosmos histórico una visión provincial, mediterránea y europea, cultura quería decir cierta manera ejemplar de comportarse. No había más que una cultura, la nuestra, del presente... Cualquier otro sistema de formas religiosas, intelectuales, políticas, era automáticamente desvalorizado como inculto". La etnología demostró que esas formas eran maneras distintas de reaccionar frente al cosmos, "distintas pero no por ello menos respetables. Se trataba, entonces, de otras culturas".

Ello ha llevado a una defensa del pluralismo cultural, que se ha intensificado en los últimos años en diversos foros internacionales y que es en buena medida una reacción de las comunidades nacionales postergadas o marginadas en lo internacional y de los grupos diferenciados dentro de las naciones, que se sienten de algún modo avasallados en sus características propias por la cultura dominante. Es el caso de los países latinoamericanos en relación al orden mundial y dentro de ellos el de las comunidades indígenas en relación con una cultura oficial predominantemente europea. De allí que junto al tema del pluralismo cultural, vaya de la mano el problema de la identidad cultural, como un bien a preservar de los embates extranjerizantes.

Un desarrollo integral

Todo ello es un corolario lógico del hecho de reconocer a cada cultura su propia dignidad y plantea una serie de problemas en los que se está trabajando intensamente: por ejemplo, cómo organizar la educación para atender esas diferencias culturales en una misma sociedad, o cómo encarar el desarrollo económico sin lesionar la identidad cultural que se quiere preservar. En países como México o Perú —para citar sólo dos casos— se plantea con mucha agudeza la necesidad de que la educación atienda las peculiaridades de la llamada cultura popular y no se limite a imponer un modelo único, que choca inevitablemente con la realidad y no hace sino afianzar la marginación de vastos sectores sociales. A la vez, si bien el concepto de desarrollo puramente económico se ha revelado como insuficiente y se habla en cambio de un desarrollo integral, que incluya todas las dimensiones de la persona humana, es difícil llevarlo a la práctica cuando se afirma, al mismo tiempo, la identidad cultural de los pueblos que no lo han alcanzado.

De allí que se dé la paradoja de que muchas posiciones radicales y aparentemente revolucionarias, defiendan con tanto ardor la identidad cultural, que terminen negando el cambio y afirmando la vigencia de formas de vida primitivas. Se lleva a tal punto el rechazo a las formas extranjeras de desarrollo, se ataca tanto a los aspectos negativos de la sociedad de consumo y a la técnica contemporánea, que se cae en definitiva en un romanticismo reaccionario. *El gran problema que está planteado, entonces, es como conciliar la afirmación de los valores y las tradiciones nacionales, con la imprescindible puesta al día de los conocimientos y las técnicas que caracterizan a la humanidad más desarrollada.*

La política democrática

Lo que ocurre es que la noción de identidad sólo funciona como tal en el plano de los objetos ideales. Aplicada a cualquier realidad humana concreta, como la identidad personal o la identidad cultural de un pueblo, es evidente que ya no designa algo invariable,

sino la permanencia de ciertos rasgos que sobreviven a los cambios. De lo que se trata, entonces, es de que los cambios inevitables que indica el progreso no desfiguren ni lesionen la identidad cultural de los pueblos. *Lo cual apunta a un proceso de integración gradual y creadora que no se limite a sufrir compulsivamente la invasión de otra cultura, pero que al mismo tiempo no se cierre a recibir influencias positivas y, en algunos casos, resueltamente decisivas para vivir de acuerdo a los tiempos. Hay que tomar conciencia de estos problemas, que son básicos para definir toda la estrategia del desarrollo futuro del país.*

Como señala el Prof. Torchia Estrada en su trabajo *Sentido y problemas de la política cultura*, "la historia humana no es otra cosa que el escenario donde distintas identidades se han alterado y mezclado con otras hasta producir nuevas, que tampoco han permanecido invariables. Lo que llamamos nuestra identidad de hoy comenzó como la fusión de dos identidades culturales bien marcadas, ninguna de las cuales se mantuvo pura después de esa fusión y a las cuales luego se unieron otras". *Lo razonable para una política cultural democrática es, entonces, tener en cuenta ambos aspectos (la identidad y el cambio) y promover aquellas acciones que permitan a los pueblos modificarse conscientemente, sin enajenarse en una imitación servil, ni en una aniquilación de sus valores más preciados. Para ello resulta imprescindible contar con la participación del pueblo mismo.*

III - COMO ORGANIZAR EL CAMBIO

La identidad cultural de una nación, no puede concebirse como algo estático, sino como un marco de referencias dinámicas, que son capaces de admitir la influencia de otras formas de identidad cultural y fusionarse con ellas. No es posible concebir la identidad como un absoluto, que permanece igual a lo largo del tiempo y que se niega a dejarse penetrar por las innovaciones. En cualquier orden de actividades, esa actitud conduce a la fosilización en un tradicionalismo nostálgico, que en tanto es incapaz de transformarse va perdiendo adeptos y representatividad. Es el drama de muchos folkloristas o de cultores de formas musicales o literarias tradicionales, de muchos políticos de todas las ideologías, más preocupados por repetir gestos del pasado que por comprender adecuadamente el presente. Es el drama del hombre común, que frente a los cambios operados en su sociedad, sólo sabe reaccionar con la afirmación de formas ya caducas de comportamiento.

Estos peligros no deben conducir a la exageración contraria: hay en el tradicionalismo una voluntad de permanencia, una búsqueda del principismo originario y de su pureza intrínseca, que ofrecen positivos elementos de rescate. No se trata de correr tras cualquier innovación, de consagrar un esnobismo que siempre está en busca de "la última palabra" y que suele transformarse en un "cualquiercosismo" enajenante. Bajo el pretexto de romper los esquemas y de ponerse a la altura de los tiempos, suele crearse un campo fértil para los improvisadores de toda laya y para los que viven de cultivar el efectismo de la disidencia. No obstante, también esta exageración tiene su costado positivo; las formas experimentales en materia cultural, suelen funcionar en la medida que tienen el apoyo de los esnobistas, tanto en el público como en la crítica.

Tradición e innovación

Hay, por lo tanto, una tensión dialéctica entre el tradicionalismo y la innovación, entre la permanencia y el cambio, cuya dosificación adecuada va configurando la identidad cultural de un pueblo. La política cultural de un gobierno, que no es más que una forma de la planificación en base a los valores que se desean promover, deberá tener en cuenta ambos aspectos y deberá dictar medidas para desalentar o promover determinadas tendencias sociales. Una previa identificación de los problemas puede determinar, por ejemplo, que en relación a los valores nacionales en materia musical hay una dicotomía infecunda entre el excesivo apego a formar tradicionales siempre iguales a sí mismas y el cultivo de otras manifestaciones, decididamente opuestas al ser nacional tradicional. Frente a ese problema, se tratará de alentar toda búsqueda que tienda a superarlo, mediante diversas medidas cuya eficacia deberá ser evaluada por los técnicos en el sector.

A título de ejemplo, pueden citarse como probables medidas, la realización de una campaña publicitaria para tomar conciencia del problema, la incentivación a superarlo mediante concursos o estímulos a aquellos que quieran investigar y crear en la materia, el fomento de alguna institución oficial que trate de solucionar esa dicotomía desde sus mismos objetivos. Como señala el Prof. Torchia Estrada en su trabajo ya citado (Sentido y problemas de la política cultural): "la política cultural no hace la cultura, pero puede favorecerla, defenderla, crear el clima para su libre desarrollo. Es un fenómeno histórico reciente, porque antes hubo mecenazgo, o las comunidades pudieron unirse en proyectos de largo alcance (como en el caso de monumentales construcciones religiosas), sólo ahora la totalidad del fenómeno cultural se asume sistemáticamente".

La cultura y sus implicancias

Seguidamente, el mismo autor señala una serie de objetivos que caen bajo la mirada de la política cultural y que son habitualmente reconocidos como tales: la conservación y difusión del patrimonio cultural; las medidas que favorezcan las libertades de los creadores o las posibilidades de que toda la nación participe de los bienes culturales; toda forma de estudio de lo culturalmente propio o extraño, para conocerse mejor o para abrirse a la diversidad del mundo. *Pero en esa enumeración hay algunos aspectos que son novedosos, al menos para una visión uruguaya del problema y que merecen ser subrayados: "La personalidad cultural que surge de los valores admitidos y moldea una conducta y una visión del mundo; la autoconciencia de esa personalidad y el juicio sobre hasta dónde debe mantenerse y cuánto debe cambiar y por qué y para qué".*

Más adelante también señala: "la participación de la comunidad para diseñar planes y llevar adelante acciones; el soporte de planificación, de administración, de financiamiento de recursos humanso que necesita para sostenerse y desarrollarse". Ambas citas son especialmente significativas: en la primera se habla de una personalidad cultural y de un dictamen que abre las puertas a una transformación intencional y fundamentada. Es posible considerar, por ejemplo, que la personalidad cultural del uruguayo medio no es suficientemente apta para vivir en democracia e iniciar una serie de acciones que promuevan esa aptitud, decididamente fundamental para nuestro futuro. *La segunda habla también de varias cosas importantes, que han permanecido ajenas a la inquietud cultural de Uruguay: la necesidad de planificar, de contar con fuentes de financiamiento adecuadas (y no sólo presupuestales), de disponer de recursos humanos especializados en gestión y administración cultural.* Sobre esos dos aspectos habrá que extenderse en próximas notas.

IV - DESPERTAR LA CREATIVIDAD

Los doce años de dictadura significaron para el país, entre otras muchas cosas, un aislamiento en materia cultural. Y ese aislamiento provocó un atraso, como siempre supone el encerrarse en sí mismo, el temer el intercambio enriquecedor con experiencias ajenas, el negarse al diálogo con otras culturas y a las posibilidades de perfeccionamiento que emanan de él. Por otro lado, el exilio forzoso de muchas personalidades del mundo cultural, los obligó a una adaptación e integración a otros ambientes muy disímiles al nuestro, lo cual también significó una distorsión de lo que implica un intercambio normal entre culturas diferentes. Todas estas fueron manifestaciones de una etapa particularmente penosa de nuestra historia, que fomentó toda una serie de restricciones en materia de libertad de expresión y que determinó el cultivo de la censura y la autocensura como formas normales de comportamiento.

Entre las muchas cosas que quedaron relegadas en virtud de ese aislamiento y de esa ausencia de libertad, cabe destacar para los fines de este artículo, todo lo relativo a la tecnificación de las políticas culturales. En la década del setenta, los organismos internacionales comienzan a trabajar con intensidad en esos temas, lo cual lleva a una toma de conciencia sobre la importancia de la planificación cultural, sobre la necesidad de imaginar nuevos recursos y nuevas formas de financiación para la cultura, sobre la urgencia por mejorar la calidad y la especialización de los encargados de la administración y la gestión cultural. Todo lo cual ha determinado, no sólo una amplia reflexión teórica sobre los problemas de la cultura, sino también una renovación muy nítida de los procedimientos prácticos en la materia.

Principios y objetivos

La primera preocupación del gobierno democrático en este plano, fue la de restablecer la dignidad de la cultura, a través de un efectivo ejercicio de la libertad. Y al mismo tiempo, fijar los objetivos fundamentales sobre los cuales debe basarse su política cultural: democratización (en el doble aspecto de pluralismo ideológico y posibilidad de acceso del mayor número de las manifestaciones culturales), descentralización (con el abandono del tradicional paternalismo montevideano y la preocupación por fomentar los propios recursos del interior del país), educación permanente (como respuesta a las necesidades de la población de continuar perfeccionando su cultura durante toda la vida). Son tres objetivos fundamentales e interrelacionados, que responden a la fidelidad que todo goberno democrático debe a los principios de libertad, igualdad y fraternidad, pilares básicos de su ideario.

Libertad para la creación en todas sus formas, igualdad en el disfrute de los bienes de la cultura y fraternidad entre todos los miembros del cuerpo social, son ideales que los hechos desmienten a menudo y que la democracia debe esforzarse por hacer realidad, bajo pena de traicionarse a sí misma. En un país afectado por el autoritarismo y la crisis económica, desacostumbrado a discrepar en libertad o sin experiencia de ello, en el caso de

los más jóvenes, no es tarea fácil sostener esos principios y obtener el grado suficiente de credibilidad y de eficacia. Hay trabas burocráticas y carencias presupuestales, hay sectores ideológicamente fanatizados y poco dispuestos al diálogo, hay equívocos que necesitan esclarecimientos: ¿qué significan, por ejemplo los términos paternalismo, descentralización, igualdad, participación?

La animación cultural

Hay por último, una necesidad perentoria de formar recursos humanos en administración y gestión cultural. No hay gente especializada en esos campos, como tampoco la hay en materia de planificación cultural y es necesario echar mano a personal especializado en algún campo específico de la cultura y sobre todo en la educación. La situación relativamente privilegiada que tiene Uruguay en materia cultural, permite ser optimista en cuanto a una rápida adaptación de ese personal a las exigencias específicas de llevar a la práctica una política cultural adecuada. Pero la necesidad existe y una de las finalidades de esta serie de artículos es provocar la conciencia nacional sobre esa urgencia. Otros países han sido pioneros en la materia y Venezuela tiene, por ejemplo, desde 1975, un Centro dedicado a la formación de animadores socio-culturales (CLACDEC).

El concepto de animador socio-cultural, surgido en Francia, implica sobre todo la aptitud para organizar, dirigir y facilitar las facultades creadoras y la expresión artística espontánea de los pueblos. Se trata, al menos en un comienzo (y ello parece una perspectiva fundamental en el caso uruguayo), de una manera de ser diferente de profesiones ya existentes: educadores, bibliotecarios, directores de teatro, creadores en general. Pero en tanto su labor se ejerce en los cimientos de la sociedad, en tanto consiste en motivar la participación de la comunidad en diversas actividades culturales, es un requisito imprescindible que ese animador cultural conozca los problemas de la comunidad directa y profundamente y en lo posible, pertenezca a ella. Esta necesidad se hace aún más imperiosa cuando se trata de zonas rurales, que tienen modalidades culturales específicas. El objetivo es despertar la creatividad dormida y todo paternalismo resultará al respecto inconveniente.

V - ANIMACION SOCIO-CULTURAL Y LIDERAZGO DEMOCRATICO

La formación de animadores culturales, es decir de personas con una capacidad específica para estimular, organizar y dirigir las manifestaciones culturales de una comunidad, es una de las tareas que debe fijarse impostergablemente toda política cultural que se quiera eficaz. Porque el animador cultural estará en contacto directo con la población y sus problemas y servirá por lo tanto como intermediario necesario entre los administradores y planificadores culturales y el medio sobre el que estos buscan incidir. De allí que sea un elemento fundamental para llevar a cabo proyectos culturales, desde la participación en su formulación, hasta la incidencia directa en la supervisión y evaluación. Es una tarea que ya existe generalmente en toda comunidad, pero que está librada a la buena

voluntad, generosidad de esfuerzos e iniciativa de personas aisladas. De lo que se trata es de formar a esa gente adecuadamente y munirla de técnicas y métodos que le permitan una acción más eficaz y más consciente.

En tanto sea un objetivo de la política cultural del Estado, además, ello significa un respaldo importante para solucionar trabas burocráticas y de organización, pero además para dotar a la acción del animador de una mística que trascienda su propia individualidad: ya no se tratará de un luchador solitario contra la indiferencia ajena, sino de una parte imprescindible de un proyecto social y cultural que abarca a toda la colectividad. Y que tiene a su favor la voluntad política del gobierno, que busca integrarlo en una acción que beneficia a toda la población y que determinará, en caso de ser exitosa, una activación de la creatividad general.

Algo más que un intermediario

Cuando se trata de un gobierno democrático, además, tan respetuoso de la pluralidad ideológica como de evitar la propaganda política allí donde no corresponde, el respaldo oficial a la animación cultural es un elemento importante para convocar a todas las fuerzas creativas de la sociedad. El que intente pervertir el proceso violando las reglas de juego o el que se margine de él por mero capricho no contará con la fuerza moral de poder decir que se lo ha dejado de lado, que se trata de un gobierno autoritario que sólo busca hacer política con la cultura. Quedará claro, en cambio, que su acción no persigue el bienestar de la sociedad que reclama el esfuerzo de todos para el bien común y que no está dispuesto, para decirlo con palabras de la Dra. Reta, a pasar de la confrontación a la participación.

En un trabajo de Isa Cisneros sobre la Formación de Animadores Socio-Culturales, que es en buena medida una historia del CLACDEC de Venezuela, aparece la siguiente definición del animador: "Es un individuo con condiciones, disciplina, y deseos de trabajar en la comunidad, motivador y operador de una acción socio-cultural orientada a promover, difundir y hacer posible el desarrollo de las manifestaciones y los servicios culturales de su propio medio. Algo más que un intermediario entre los creadores y el público, que trabaje en la base, en contacto directo con la comunidad y que surja de ella". *Su papel no es el de un líder clásico y autoritario, que impulse a la comunidad tras sus propios objetivos, sino la de un líder democrático, capaz de motivar y promover la participación de la comunidad, interpretando y estimulando sus deseos más auténticos, sin sobreponerse a ellos. Un líder que está dispuesto a abandonar su liderazgo, una vez que su misión de estimulación está cumplida, para utilizar la feliz fórmula de Carl R. Rogers sobre el punto.*

Libertad y participación

La función del animador socio-cultural resulta entonces fundamental para la consolidación democrática de una nación. Por su doble condición de miembro de la comunidad y conocedor de sus problemas y de ser capaz de trascender esos límites por el conocimiento de técnicas capaces de estimular la creatividad, la participación y el cultivo de hábitos

positivos para la convivencia civilizada (escuchar, reflexionar, razonar con objetividad), el animador socio-cultural es un agente de cambios. *Y de cambios que resultan fundamentales para la consolidación de la democracia como forma de vida: todo aquello que contribuya a hacer del ciudadano un ser consciente y pensante, capaz de librarse de prejuicios embrutecedores y de enfrentarse a la vida creativamente, es en definitiva un servicio que se brinda en favor de la libertad y en contra de los fundamentos totalitarios.*

Hay firmes posibilidades de comenzar este año en Uruguay la formación de recursos humanos para la política cultural que se quiere llevar a cabo: administradores, planificadores y animadores socio-culturales. Luego de casi dos años de gobierno democrático se ha logrado la conciencia suficiente como para que la reunión de directores y encargados de Cultura de toda la República, haya emitido en Colonia Suiza una declaración donde puede leerse, entre otros conceptos referentes a las necesidades de una planificación cultural verdaderamente nacional, los siguientes planteamientos: *"Toda buena política cultural a nivel de Administración Central, debe ir progresivamente disminuyendo su actividad directa. El Estado debe ir delegando a otros niveles (regional, municipal, local) subvencionando las actividades locales pero no organizándolas" Es un buen síntoma sobre las virtudes del liderazgo democrático.*

VI - HACIA UNA PARTICIPACION AUTENTICA

El papel del animador socio-cultural no es el de ser un líder, en el sentido tradicional de conductor carismático de un grupo al que interpreta y conduce. Este concepto clásico encierra elementos autoritarios, en tanto la figura del líder se sobrepone a la de la comunidad y ésta delega en él, de buena o mala gana, funciones que en realidad le son propias. Aun cuando cuente con el consentimiento y el fervor admirativo del grupo, existe siempre en este tipo de liderazgo un acatamiento sumiso a las directivas y a las opiniones que emanan del jefe. Lo cual constituye, en definitiva, una forma de paternalismo: el líder es visto como el más capaz, el más lúcido, el que toma en definitiva las decisiones. Ello implica una enajenación de las posibilidades creativas y de conducción implícita en el propio grupo y que sólo una participación adecuada puede revelar.

Corresponde insistir en el adjetivo "adecuada" cuando se habla de participación, porque hay muchas formas de seudoparticipación que a veces pasan por ser muy democráticas. Baste pensar para ello, en una clase que repite puntualmente los apuntes del profesor o los conceptos de un libro, o en un grupo altamente politizado, que sustituye al verdadero pensamiento por consignas y eslóganes enteramente previsibles. Toda situación en la cual se motive la participación de un grupo humano, sin que se haya fomentado previamente la creatividad subjetiva, la reflexión personal, el derecho a disentir en un clima de libertad, entra dentro del concepto de seudoparticipación o participación falsa. Para que haya una auténtica o adecuada participación, es necesario motivar y permitir la expresión sincera del grupo, lo que no se logra si el líder se planta ante él como un ser superior y dueño de la verdad.

El líder como catalizador

Ese tipo de motivación corresponde a las características propias del liderazgo democrático, que está centrado en el grupo y no en el líder. El cual aparece impecablemente descrito en el trabajo de Thomas Gordon, incluido en el libro de Carl R. Rogers *Psicoterapia centrada en el cliente.* Allí se da la siguiente definición amplia del liderazgo centrado en el grupo: "es un enfoque en el cual el líder valora dos objetivos: el desarrollo último de la independencia y la autorresponsabilidad del grupo y la liberación de las capacidades potenciales del mismo". No se trata entonces de que el líder utilice al grupo para cumplir sus propios objetivos o busque conducirlo en función de sus atributos superiores. Por el contrario, lo que predomina es el respeto a la dignidad individual de los miembros del grupo y la preocupación de que éstos desarrollen al máximo sus cualidades personales.

La función del líder democrático es por lo tanto la de un catalizador, que provoca determinadas reacciones que tienden al desarrollo autónomo del grupo y generan en definitiva una participación auténtica de los individuos que lo componen. En lugar de seguir las directivas ajenas, ese grupo será capaz de tomar sus propias determinaciones, mediante la participación creativa y reflexiva de sus miembros. A través del interés y la acción del líder, destinada a que el grupo esclarezca y realice sus objetivos grupales y personales, se produce una distribución del liderazgo entre todos los miembros, que aprenden a tomar decisiones por sí mismos y a asumir distintas funciones. El líder se convierte, entonces en un miembro más del grupo y el liderazgo en un conjunto de funciones, que pueden ser desempeñadas alternativamente por los individuos.

El programa democrático

La necesidad de sintetizar el proceso, puede generar la impresión de que todo esto es demasiado fácil o decididamente irrealizable. Estamos demasiado acostumbrados a manejarnos con los conceptos tradicionales de liderazgo y de participación y no se percibe lo que hay en ellos de autoritarismo, de manipulación y de inautenticidad. Inversamente, ¿qué otra cosa puede significar la idea democrática sobreel gobierno del pueblo, por el pueblo, y para el pueblo, sino una acción que convierta a ese pueblo de seguidor en protagonista, de objeto de decisiones ajenas a dueño de su propio destino? Salvo que esas frases sean un mero desborde retórico, hay allí un claro programa de acción que los grandes teóricos de la democracia y también sus grandes prácticos, han tenido siempre presente. Y que se concreta en la ligazón esencial entre democracia y educación, en la afirmación obstinada de la libertad y en el rechazo inflexible a toda dictadura, aun aquella que quiere presentarse como seductoramente liberadora.

Para que la función del animador socio-cultural pueda cumplirse cabalmente en contacto directo con la comunidad, es imprescindible que las cabezas encargadas de la planificación y la administración cultural tengan las ideas en orden sobre el punto. Y sean por lo tanto, conscientes de que su papel último no es limitarse a halagar los lugares comunes de las élites culturales, ni ofrecer sus migajas al pueblo con ánimo benevolente y generalmente inútil en sus presuntos efectos multiplicadores. El desafío está en otro lado y exige motivar la paticipación consciente y auténtica de todo el pueblo en la creación cultural.

VII PROFUNDIZAR LOS OBJETIVOS

Esta serie de artículos sobre política cultural llega a su fin. A través de ellos, se ha buscado crear conciencia sobre aquellos principios y objetivos que guían la política cultural del gobierno. Y a partir de esa toma de conciencia, proponer algunas directivas de cambio, que van en el sentido de una profundización y no una rectificación de lo ya hecho. En estos casi dos años de gobierno democrático, la impresión personal es la de haber colaborado en la realización de algunas cosas valiosas, pero sobre todo la de haber aprendido otras más valiosas aun y que se espera poder realizar en el futuro próximo. *De todas ellas, tal vez la más importante sea la confirmación de una hipótesis de trabajo plenamente confirmada en el aula, pero susceptible ahora de una dimensión mayor: sólo la participación democrática auténtica es creadora de legitimidad y es capaz de sustentar un proceso de creatividad personal y social.*

Si se observan con perspectiva estos do años de acción cultural, se tiene la sensación de una decantación progresiva de los objetivos, que se van precisando y perfeccionando, que se van llenando cada vez más de un significado concreto. La democratización de la cultura era, desde el inicio, un objetivo si se quiere obvio, pero hoy resulta algo mucho más claro y rico en significados que hace dos años. Porque la democratización en general es un término vago y se supone que cualquier gobierno que se rija por sus principios y suceda a un gobierno de facto, aumentará sin duda los niveles de libertad de que goza una comunidad. Tanto en el plano de la creación, como en el de la posibilidad de que la mayor parte de los ciudadanos puedan gozar de los bienes culturales.

Un aprendizaje progresivo

Pero resulta invalorable, al respecto, haberse enfrentado a disyuntivas concretas en las que estaba en juego la libertad de expresión e ir percibiendo que no basta contentarse con declaraciones genéricas: aun dentro de un contexto libertario, hay situaciones que amenazan coartar la libertad y que exigen respuestas creativas. Lo mismo ocurre en relación con la necesidad de que la cultura llegue al mayor número, un deseo más fácil de formular que de llevar a la práctica. Porque siempre se corre el riesgo, por parte de aquellos que detentan los beneficios de la cultura, de querer que los demás compartan sus propios valores sin una preparación previa, sin una adecuación a sus particulares exigencias, sin una auténtica voluntad de comunicación en suma. Lo que constituye en definitiva, una falta de respeto muy culta, muy bien intencionada, pero una falta de respeto al fin.

Hemos aprendido, también, que la descentralización no consiste solamente en tratar de enviar mejores espectáculos al interior de la república o procurar que la gente del interior viaje a Montevideo para ver esos espectáculos. Todo lo cual está muy bien, pero se parece demasiado a la situación que describimos unas pocas líneas más arriba: hay una voluntad de élite y un espíritu paternalista en esos gestos generosos, que la gente del interior detecta inmediatamente Hay que aprender en cambio a escucharlos, hay qe animarlos para que formulen sus propias iniciativas y hay que apoyarlos para que alcancen su desarrollo sin tutorías excesivas. *La asistencia técnica tiene por norte provocar el mejor desarrollo, entendido como expresión de las necesidades del interior, que se ayudan a esclarecer y a surgir. Pero que no debe superponerse jamás a las necesidades populares de modo coactivo, así sea la coacción más amable.*

Cultura monolítica y diletante

Los brasileños Joaquim Falcao y Joao Leite hablan al respecto de cultura monolítica y cultura diletante, como dos problemas que debe superar una política cultural eficiente. *La cultura monolítica es la tentación que tienen determinados sectores sociales, de apropiarse de la identidad cultural de la nación* es lo que ocurre cuando una cultura de élite pretende representar la cultura de todo un país y lleva a un rechazo de la cultura popular y a una ignorancia de los problemas reales que sufre la nación. Un valioso estudio sobre Salto rural, publicado por la Oficina de Planificación de la Intendencia de ese departamento que dirige la Sra. Graciela Delgado de Brum, ilustra sobre realidades impensables en este Uruguay para quien opina desde una perspectiva cultural monolítica: *hay en ese departamento, que tiene una de las capitales más prósperas y cultas del país, una realidad rural en la que los servicios más esenciales brillan por su ausencia.*
en este Uruguay para quien opina desde una perspectiva cultural monolítica: hay en ese departamento, que tiene una de las capitales más prósperas y cultas del país, una realidad rural en la que los servicios más esenciales brillan por su ausencia.

No es posible seguir pensando en la cultura del país, sin advertir que, a pesar de su homogeneidad relativa, Uruguay también tiene una diversidad y una complejidad cultural que es necesario tener en cuenta.

Y a la que no es posible atender si se cae en los males de la cultura diletante, que es la que enfoca la producción y el consumo cultural bajo la óptica exclusiva de valores que se bastan a sí mismos. Además de esos valores culturales específicos, la cultura está integrada en el proceso de desarrollo económico, social y político de una nación: *es también una actividad económicamente productiva, que crea empleos, que modifica las conductas y que colabora esencialmente a la configuración de un modo de ser nacional.* Hacia la superación de esos obstáculos deberá orientarse la profundización de los principios de la política cultural presente

Departamento de Producción Gráfica y Audiovisual - MEC.

